

CARTA DE MADRID
UN GRAN TRIUNFO DE ECHEGARAY
"A FUERZA DE ARRASTRARSE"

MADRID, febrero 11 de 1905.

Señor director de LA NACION:

Aguardábase con interés vivísimo el estreno en el Teatro Español de la nueva obra de D. José Echegaray *A fuerza de arrastrarse*. Varias circunstancias concurrían a tan grande expectación, mayor aun que la que provocaron hasta el día los estrenos de nuestro más famoso autor contemporáneo. Había hecho el azar que con los honrosísimos homenajes recientemente tributados en el extranjero a nuestro primer dramaturgo, entre ellos el premio Nobel, coincidieran injustas, implacables y hasta absurdas críticas, aquí formuladas contra Echegaray por ciertos jóvenes escritores que, pretendiendo ejercer el monopolio de la «intelectualidad», y creyéndose genuinos representantes de las nuevas ideas literarias y artísticas, quisieron despojarlo de su legítima gloria, llegando alguno a intentar despojarlo también de su pluma, intimándole a que dejase ya de escribir, por antipático, por caduco y por ignorante de los gustos, de las reglas y de las tendencias del arte moderno. Entre los homenajes venidos de fuera y las rudas acometidas de estos críticos de dentro de casa, habíase creado una excitación de espíritu que necesariamente iba a tener que revelarse en la primera batalla que Echegaray diese ante el público. Así es que en cuanto se anunció su nueva producción dramática y se dijo que era obra de combate, en que se flagelaba la hipocresía social, todos a una exclamaron:—¡Llegó el momento! ¡De esta batalla va a salir la más tremenda derrota o la victoria decisiva!

Imposible daros idea del aspecto que el Teatro Español presentaba, de lo caldeado de la atmósfera, de la agitación nerviosa que todos sentían y de la ansiedad con que se aguardaba el comienzo de la representación cuando, después de sonar los timbres avisadores, fue el telón majestuosamente levantándose. Ofrecióse a nuestra vista el interior de una pobre casa de pueblo, con una reja en el fondo, por donde se ven tierras de labor sobre las que va exirando la luz de la tarde. Habita allí un joven, afligido por la pobreza en que vive; los muebles son tan viejos que, al sentarse en ellos, teme que se van a caer hechos pedazos. No tardamos en saber que este joven, llamado Plácido, ama a una muchacha del pueblo cuyo nombre es Blanca, y que ésta le quiere a él más que él a ella, pues Blanca le lleva flores que Plácido deja caer por el suelo. ¡Ah, ese joven, en quien adivinamos ya al protagonista de la obra, no es un sentimental, es un ambicioso! El mismo nos dice, pensando en unas nobles armas que heredó de sus antepasados, que, si en vez de nacer en los tiempos actuales hubiese venido al mundo en otra época, las hubiese empleado en hacerse bandolero; hubiese salido a los caminos a probar fortuna con dos ó tres más, y mostrándosele la suerte propicia, los tres ó cuatro compañeros, convertidos pronto en quince ó veinte, y acaso después en treinta ó cuarenta, podrían haber llegado a ser los amos del país. Con esta energía pincelada nos hace el autor el retrato moral de Plácido. Como los tiempos han cambiado mucho y los procedimientos para «llegar» son ahora distintos, el protagonista de *A fuerza de arrastrarse* se tiene que amoldar a las circunstancias. Inútil salir al despojado hoy que las gentes viajan por ferrocarril y hoy que no se lleva dinero encima, sino cheques ó cartas de crédito que el telégrafo puede anular instantáneamente.

Ahora para medrar en poco tiempo, para subir a todo trance, hay que tomar otro rumbo, hay que ir a los grandes centros de población, donde la fortuna, el poder y los honores están en manos de farsantes, de cobardes ó de imbéciles. Tal es la convicción de Plácido. Es éste un *vivo*, y no se resigna a renunciar, por meros escrúpulos de procedimiento, a las grandezas del mundo, si puede alcanzarlas como tantos otros. Comprende que en la corte la mejor arma para triunfar es la astucia, y se propone emplearla imitando al caracol, que sube hasta la suprema altura, hasta el nido del águila, a fuerza de arrastrarse.

Para ir a Madrid vende lo único realizable que le queda, un retrato de su madre pintado por un artista cuya firma se paga. Saca de él 3000 pesetas y toma el camino de Madrid, adonde va resuelto a hacer todo cuanto sea necesario para el logro de sus ambiciones. Blanca, que sigue amándolo, se traslada también a Madrid, acompañada de su hermano Javier, a quien procura un empleo por medio de su amiga de la infancia, la hija del influyente y opulento marqués de Retamosa del Valle. Tal es el prólogo, con la exposición sencilla y clara del asunto que va a desarrollarse en la escena y con la pintura de los dos principales caracteres, presintiendo desde luego que Blanca va a ser la víctima de las ambiciones de Plácido. Está todo ello tan hermosamente expresado y expuesto con una naturalidad tan encantadora, que el público en masa aplaude ruidosamente el prólogo y hasta hay quien pide que el autor salga al escenario.

En el acto primero vemos a Plácido en campaña. Está empleado en casa del marqués de Retamosa y asistimos a las hábiles maniobras que pone en juego para captarse la entera confianza del marqués é irse apoderando de él rápida é insensiblemente. Es Plácido un intrigante audaz, al par que un observador de primer orden; tan seguro se halla de sus extraordinarias aptitudes para el desempeño del papel que en la comedia social ha elegido y a tal punto se ha penetrado de lo poco que valen aquellos de quienes se ha propuesto servir para la realización de sus planes, que concibe la más atrevida farsa y emprende su ejecución sin detenerse un momento y sin que el temor del fracaso le haga retroceder jamás. Aquellas gentes que lo rodean, y de las cuales necesita para subir, inspirarle el más profundo desprecio, y no hay mentira, ni traición, que no le parezcan medios utilizables—y hasta legítimos—para ir creciendo y escalar la cima. Valiéndose Plácido de un paisano, llamado Claudio, que lucha por abrirse camino, y escribiendo en un periódico un artículo anónimo, hace que el marqués sea provocado a duelo, sólo para tener ocasión de batirse por él, ó mejor dicho, de fingir que por él se bate. La preparación y el desarrollo de esta farsa ocupa la mayor parte de los actos primero y segundo, en los que hay escenas muy cómicas y altamente satíricas. Son dos actos por los que vaga el genio mordaz de Aristóphanes.

El público se ríe en grande, celebrando los chistes de buena ley y las cáusticas frases en que estos dos actos abundan.

Bajo la risa superficial que las situaciones cómicas promueven, aparece de vez en cuando la acción pasional iniciada en el prólogo. Plácido triunfa a fuerza de engaños y de humillaciones; el marqués y sus amigos le dan posición envidiable. Pero, a Blanca le repugna el camino que Plácido ha tomado para medrar, y así se lo declara. Sin embargo, él, embriagado por el éxito, está decidido a continuar su marcha ascendente. De él se enamora la hija del marqués, que siempre tuvo envidia de Blanca, y ésta, con clarísima percepción de la realidad, ve en seguida el peligro que la amenaza en lo más íntimo de sus afecciones; confiesa a Plácido sus inquietudes y esfuerzase por hacerle abandonar aquel camino emprendido que lo va a separar de ella para siempre. El se niega a abandonarlo.—«¿Y si yo me interpongo en él?»—le pregunta Blanca.—Y Plácido le contesta:—«Entonces te apartaré a un lado y seguiré adelante!»—«¿Te desprecio!»—replica ella con un gesto magnífico.

Durante estos dos actos, y sobre todo al final de ellos—y especialmente del segundo—el Sr. Echegaray fué aclamado con un entusiasmo delirante. Los espectadores, puestos en pie, lo aclamaron ruidosamente, gritando muchos de ellos:—«¡Así se escribe!»—«¡Esto es teatro!»—«¡Qué vengan a enseñarle a hacer comedias esos critiquillos!»—«¿Dónde están los que piden que Echegaray rompa su pluma?»—Fué un desbordamiento de admiración soberbio. Y el autor, sacado a la escena más de veinte veces por María Guerrero y por Fernando Díaz de Mendoza, saludaba al público con la más amable sonrisa.

El tercer acto no es, en realidad, más que un epílogo. En él está la moraleja del cuento. Plácido se casó con la hija del marqués, que, además de ser insoportable y fea, es una mujer perversa y liviana... Pero, en fin, él vive en la opulencia y con el mayor lujo; fué elegido diputado y va a ser ministro. Inútil decir cuántos le envidian... Mas, precisamente, cuando su nombre acaba de ser incluido en la candidatura ministerial, toda aquella situación personal y política a que ha llegado va a derumbarse con la próxima publicación de un folleto en que se hace la historia de las intrigas, de las trapisondas y de las farsas a que debió su fortuna. El folleto contiene terribles pruebas escritas y documentos que harán públicas ignominias y vergüenzas de toda índole que manchan la vida de Plácido.

Entre las personas cuyo testimonio se invoca en el folleto está el hermano de Blanca. Plácido, aturdido, sin saber aún si podrá arrancarle al marqués la cuantiosa suma que un *maitre-chanteur* exige, dentro de un plazo brevísimo, por aquellas pruebas escritas y por aquellos documentos fatales, implora el auxilio del hermano de Blanca, y ésta, por un sentimiento de lástima, decide a su hermano a salvar a Plácido con aquel implorado auxilio. ¿Acaso Blanca lo ama todavía?... Cuando ésta y su hermano acuden, ella ve a aquel hombre a quien amó recogiendo del suelo algunos de los papeles comprometedores que el *maitre-chanteur* había dejado caer al ir a entregárselos, y Blanca no puede menos de taparse con las manos el rostro, exclamando sin poder contenerse:—«¡Oh, qué asco!»

La impresión que causa esta obra es hondísima. Es el mayor éxito teatral de la presente temporada. No sólo todos los madrileños, sino todos los españoles, irán a aplaudirla. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza están admirables en la interpretación de los papeles de Blanca y de Plácido. Merecen también grandes elogios Nieves Suárez, Palanca y Mariano Díaz de Mendoza, que han hecho de sus papeles respectivos una interpretación perfecta.

Con motivo de este señaladísimo triunfo de D. José Echegaray, que es uno de los más grandes que se han presenciado en la escena española, algunos periódicos, entre ellos *El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid*, piden que se le tribute al autor insigne de *A fuerza de arrastrarse* un solemne homenaje nacional, con el que, honrando a Echegaray, se honre a sí misma nuestra patria.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

DE LOS ALPES

llos Mudo y Quemado, propiedad de los Sres. Julio Ortiz y Antonio Devia, respectivamente.

Esta carrera ha despertado gran interés, habiéndose hecho ya fuertes apuestas.

Valor de la propiedad

MAR DEL PLATA, 4.—La villa Valeria, del Sr. Guerrero, se vendió en remate por Guerrico y Williams en 59.500 \$, siendo adquirida por Da. Teodolina Fernández de Alvear.

TERRITORIOS NACIONALES

Romerías españolas—En las escuelas

INTENDENTE ALVEAR (Pampa Central), 4.—Los días 25, 26 y 27 del corriente tendrán lugar en este pueblo las romerías españolas, habiéndose formado la siguiente comisión: presidente, Teodoro Rey; vice, Pedro Viñeta; tesorero, Laureano Vinuesa; secretario, Félix Brú.

Hay mucho entusiasmo para dichas fiestas, teniéndose en cuenta que el día 28 del mismo mes habrá una reunión general de todos los españoles con el objeto de formar una sociedad de socorros mutuos, estando todos dispuestos a cooperar en esa iniciativa.

—El 10 del corriente mes empezarán las clases en las dos escuelas de la localidad.

La nueva directora del colegio de niñas, Srta. Isabel Ramelias, ha hecho buena impresión a los padres de familia por sus dotes personales. Se espera que dará mejor resultado que la anterior.

El presidente del consejo, D. Luis Aubin, persona muy estimada por el vecindario, se ocupa con el mayor empeño de los colegios, que se encontraban en un completo desquicio por causa del abandono del anterior consejo.

Sentencia apelada

FORMOSA, 4.—Como lo anuncié ayer, hoy presentó el defensor del comerciante Sr. Tarragó, un escrito apelando y alegando de nulidad lo actuado en la causa que se siguió a éste por desacato al gobernador.

Movimiento de vapores

PUERTO MADRYN (Chubut), 4.—Ayer entraron los vapores: nacional Columbus, con carga y pasajeros, é inglés Saint Dunstain, procedente de Bahía Blanca, con carga general, de Glasgow y Liverpool, para la Compañía Mercantil Chubut y varios otros.

El Columbus regresa esta tarde y el Saint Dunstain zarpará para Punta Arenas sin tomar carga ni pasajeros ambos.

Accidente a un farmacéutico—Regreso del comisario—La supresión de las aduanas. Transacción de ganados paralizada.

PIEDRA DEL AGUILA (Neuquen), 4.—Al llegar a este pueblo fué víctima de un accidente el farmacéutico del regimiento 3º, Sr. Mancini, a causa de haberse encabritado el caballo del carruaje en que venía. El coche se hizo pedazos, sufriendo el señor Mancini contusiones en la cabeza, las que no son de gravedad.

El Dr. Anitúa concurrió desde San Martín de los Andes a prestar los auxilios necesarios.

—Después de una prolija recorrida por el departamento, ha llegado el comisario señor Alvarez.

—Se encuentra en ésta el vecino de la capital del territorio D. J. Bruguera.

—Se anuncia que vendrá a fin de mes el juez letrado Dr. Pardo.

—Ha causado grata impresión la noticia que los gobiernos de Chile y el nuestro se preocupan de la supresión de las aduanas de territorio terrestre, lo que sería de grandísimos beneficios para estas regiones, que sienten la necesidad del mercado vecino.

—Se nota una gran crisis por la paralización de ventas de ganado, causada por los derechos excesivos de la aduana limítrofe.

—Para Chile partió D. Juan Repetto.

—Empezaron a funcionar las clases del colegio de los salesianos.

ECOS DEL

desconocidos para las europeas. Han formado su tráfico, y si abusan de su situación tienen la atenuante de que han contribuido poderosamente al desarrollo de la producción y del progreso en las regiones que atraviesan.

Nada de esto sucede con las líneas nuevas, y está ahí el error de las empresas, que cebadas con sus enormes ganancias actuales pretenden arrancar para lo sucesivo condiciones iguales.

La red que se proyecta atraviesa zonas de producción reconocida y de tráfico hecho, donde al día siguiente defuncionar los ferrocarriles pueden contar con un movimiento ampliamente remunerador. Es, entonces, un negocio de cálculo fijo, sin riesgos ni contingencias posibles, donde el capital debe contentarse con el interés reducido que brindan las colocaciones perfectamente aseguradas. Y aunque las empresas afecten no entenderlo así, procurando arrancar todas las ventajas posibles sobre la tasa de dividendo que tienen de antemano garantida, al cabo habrá de imponerse el interés público, porque está en su favor la razón económica, cuya influencia es ineludible en las operaciones de esta clase.

Con tal instrumento en la mano, el gobierno debe mantenerse firme en sus condiciones. Sería risible aceptar analogías entre las empresas que se lanzaron a colonizar zonas desiertas y las que han de encontrarse con regiones cultivadas y pobladas, donde las ganancias no pueden ser enormes, porque son seguras.

Los actuales ferrocarriles tentaron una operación dudosa y alcanzaron un éxito brillante; pero podrían también haber tenido un fracaso completo.

Por el contrario, los que se proyectan no pueden temer ninguna eventualidad contraria. Saben con precisión el tráfico que han de tener y el interés que ha de producirles. Más aun: tienen asegurado para lo futuro un crecimiento cuyos desarrollos no se ocultan ya a ninguna previsión. Así, pues, han cambiado totalmente los factores de la cuestión entre el estado y las empresas. Estas pudieron dictar sus condiciones en otro tiempo; ahora le toca al estado. Si no las acepta una empresa, las aceptará otra, porque nunca falta el capital cuando se le ofrece una operación de resultados seguros. Y si el gobierno se traza una línea de conducta hábil y previsor para su política ferroviaria, no tardará en salvar a la producción y al trabajo de las tarifas excesivas que hoy traban la circulación de productos y que arrancan contribuciones extorsivas a las grandes industrias nacionales.

Las industrias y la legislación

La modificación de la ley azucarera que debía regir desde 1º de año, ha venido a comprobar que en materia de industrias la protección excesiva resulta generalmente perjudicial a las industrias mismas, como los cuidados excesivos malogran a veces la robustez de los niños, necesitados de aire libre, de juegos, de movimientos que faciliten el desarrollo de sus músculos.

Aun prescindiendo de la cuestión teórica del proteccionismo y del libre cambio, y aplicando a los hechos las ideas eclécticas predominantes en materias económicas, se ve que el sistema que ha predominado entre nosotros estaba lleno de exageraciones, que no eran necesarias para asegurar la vida de las industrias crecidas a la sombra de los altos derechos aduaneros. Nuestra propaganda, pues, viene a ser plenamente confirmada por la situación actual de las industrias y la actitud de los industriales y de los poderes públicos, reconociendo respecto del azúcar, que no hay necesidad de amparar a la industria con primas ni con obligación de exportar cantidades determinadas, como se ha hecho durante muchos años.

Cuando el gobierno de la provincia de Tucumán dictó la ley de limitación de la producción, la combatimos enérgicamente como contraria a la libertad de industria y de producción consagrada por nuestra carta fundamental; pero los economistas criollos pusieron el grito en el cielo, presentándonos como enemigos de aquella provincia, que sin esa ley se habría hundido en el caos, según ellos, arrastrando no sólo a los fabricantes sino a decenas de miles de trabajadores que vivían del cultivo de la caña y de la fabricación de azúcar.

La suprema corte, entendiendo en última instancia en las demandas de algunos fabricantes, declaró inconstitucional la ley y condenó a la provincia a la devolución de las sumas cobradas indebidamente. La ley fué anulada y la industria, en vez de hundirse, siguió prosperando y levantándose poco a poco de la crisis en que había quedado sumida durante mucho tiempo.

Vino después la nueva ley azucarera como efecto de la convención de Bruselas, que obligaba a la abolición de las primas, y aquí también observamos que era impropio exportar una cantidad determinada, recargando a los que no lo hiciesen con un impuesto gravoso de 15 centavos por kilo, equivalente al valor de la mercadería. Aconsejábamos que, una vez suprimida la prima y el impuesto que la ali-